

---

### 3. DE LOS PRIMEROS INDICIOS DE OCUPACIÓN HUMANA EN LAS BALEARES HASTA LA EDAD DEL BRONCE

*M. Calvo y V. Guerrero (Universitat de les Illes Balears)<sup>15</sup>*

---

---

#### 3.1. INTRODUCCIÓN

---

La Edad de Bronce, es por el momento, la fase cronológica más antigua con presencia de restos arqueológicos en el municipio de Calvià. Ello no significa, necesariamente, que en el municipio no existan restos arqueológicos pertenecientes a fases más antiguas, sino que, probablemente, esa ausencia deba relacionarse con lagunas en la investigación y en la prospección de yacimientos arqueológicos.

Debido a ello, antes de entrar en el análisis de la Edad del Bronce en el municipio de Calvià, se realizará un breve repaso a las últimas propuestas sobre el descubrimiento y las primeras visitas de grupos humanos a las Baleares, así como a las características de la Edad del Cobre o Calcolítico, fase anterior a la Edad del Bronce.

Debemos tener en cuenta que en este mismo volumen hay diferentes capítulos sobre el patrimonio arqueológico del municipio de Calvià, por lo que no nos extenderemos en su análisis, sino en desarrollar las pautas históricas que permitirán su encuadre e interpretación.

---

#### 3.2. CONDICIONES METEOMARINAS

---

Al margen de las islas oceánicas, el archipiélago Balear es el más alejado a las costas continentales del Mediterráneo, por lo que su colonización humana tuvo unos condicionantes específicos que no se dieron en otros entornos insulares mediterráneos. Ello obliga, a la hora de entender el proceso de ocupación humana de las Baleares, a ciertas reflexiones relacionadas con los condicionantes biogeográficos, la tecnología naval y las estrategias de la colonización insular<sup>16</sup>. Se debe tener en cuenta que estos factores, si bien no pueden explicar todas las razones de los procesos de colonización, ni siquiera las respuestas culturales que se generan, tienen la suficiente relevancia para que deban ser considerados como un elemento importante en el análisis de las colonizaciones insulares. En este contexto, será fundamental tener en cuenta variables como la distancia del continente a las islas, la visibilidad, las condiciones meteomarinas, las ratios biogeográficas o la propia tecnología naval.

El archipiélago balear se localiza en el Mediterráneo occidental, a unas 50'27 millas de la costa continental más cercana, que es la distancia que existe entre Denia e Ibiza. Constituye una de las cuatro áreas insulares más importantes del Mediterráneo centro-occidental junto a las islas del canal sículo-tunecino (Lampedusa, Pantellaria, Malta y Sicilia y sus archipiélagos) y el conjunto sardo-corso (Guerrero *et al.* 2007).

---

<sup>15</sup> Grup Arqueobaleare UIB.

<sup>16</sup> No nos extenderemos en este apartado puesto que ha sido profusamente tratado por autores como Ensenyat (1991), Costa (2000), Calvo *et al.* (2002), Guerrero (2004 y 2006), Guerrero *et al.* (2007).

Respecto a las condiciones meteomarinas, se debe tener en cuenta que el mar no es un espacio abierto que pueda recorrerse en cualquier dirección, sino que vientos y corrientes conforman derroteros que facilitan unas determinadas conexiones, y dificultan, cuando no imposibilitan, la tecnología naval de la época. El acceso a las islas siempre estuvo condicionado por la conjunción de dos factores, las condiciones oceanográficas del mar y el desarrollo de una tecnología náutica, que comprendería tanto la arquitectura naval como el arte de navegar (Guerrero 2004 y 2006; Guerrero *et al.* 2007).

El Mediterráneo tiene una circulación de sus aguas siempre en sentido contrario a las agujas del reloj. Este sistema general de circulación viene originado por el desequilibrio existente entre el aporte fluvial deficitario y la pérdida originada por la evaporación, lo que provoca una entrada constante de agua desde el Atlántico a través del estrecho de Gibraltar. Sin embargo, esta corriente general tiene poca incidencia en el mar balear, que viene marcado, principalmente, por las corrientes superficiales originadas por los regímenes de vientos.

Vientos y corrientes han tenido una importante influencia en la navegación prehistórica. Tanto si estamos ante barcas guarnidas con aparejos de propulsión a vela como a remo, su navegación viene determinada por el oleaje, que depende del tipo e intensidad del viento dominante. A su vez, la importancia de los vientos es decisiva en la conformación de derroteros, e incluso, es uno de los factores fundamentales de orientación marítima. Si bien los vientos y corrientes dominantes varían entre episodios fríos y cálidos (Guerrero *et al.* 2007) en general, podemos decir que en las Baleares predominan los vientos largos de componente norte, facilitando las derrotas procedentes del Golfo de León y del norte de Cataluña.

No todo el año era apto para la navegación, sino que ésta se circunscribía a unos meses concretos. Hay cierta discusión respecto a la duración de esta temporada, con dos posibles calendarios (Rougé 1975): uno iría desde finales de marzo a mediados de septiembre, mientras que el otro se extendería algo más, abarcando entre el 10 de marzo y el 11 de noviembre. Estas discrepancias vendrían dadas, tanto por las condiciones climáticas regionales como por el momento en el que se escribieron las fuentes literarias, que podría variar de una oscilación cálida a otra más fría (Guerrero *et al.* 2007).

Junto a los vientos dominantes, hay que tener en cuenta el régimen de brisas. La escasa superficie de las islas hace que estas brisas no tengan mucha incidencia en el mar balear, pero sí son importantes en las costas de la Península Ibérica, por lo que, saliendo antes del amanecer desde las costas continentales del delta del Ebro, las brisas terrenales, con una fuerza de 10 a 15 nudos, podrían situar a una barca en dirección a las islas y aprovechar, seguidamente, los vientos largos de componente norte.

La valoración de los vientos no puede hacerse de forma independiente de las posibilidades de las velas y los aparejos de las naves. Tradicionalmente, se considera que la vela tiene un uso y una aparición relativamente tardía en el Mediterráneo, por lo que no se habría utilizado hasta la Edad del Bronce. Sin embargo, aunque esto podría ser cierto para la vela cuadrada o redonda guarnida en barcos con quilla y cuadernas, con palo fijo o abatible sobre carlinga, la etnografía naval y algunas evidencias arqueológicas, permiten pensar que, como en todos los sistemas de navegación, incluso con sistemas paleotécnicos muy primitivos, se usaba algún tipo de propulsión a vela (Guerrero *et al.* 2007; Guerrero 2007b; Basch 1987; Kapitän 1987 y 1989).

Otro factor que ha influido mucho en la navegación prehistórica y en las posibilidades primigenias de colonización insular han sido los avistamientos de las islas. Siguiendo la clasificación de las islas en

función de su visibilidad desde el continente (Patton 1996), Formentera e Ibiza se incluirían dentro del grupo de islas que pueden observarse desde el continente, ya que son visibles desde los Altos del Montgó de Denia. Por su parte, Mallorca quedaría dentro de la categoría de las islas a las que se puede acceder sin perder en ningún momento de vista tierra firme. En cualquier caso, el salto de Denia a Mallorca y de ésta a Menorca podría realizarse sin perder en ningún momento de vista tierra firme.

Finalmente, quisiéramos introducir, aunque fuese brevemente, los principales derroteros relacionados con el archipiélago balear, constatados principalmente a partir de los datos arqueológicos y un análisis de las condiciones meteomarinadas (Guerrero 2004; Guerrero *et al.* 2007). Entre los distintos derroteros, podemos destacar el que vincularía el Golfo de León y el delta del Ebro con las Baleares, derrota muy relacionada con la predominancia de vientos mistrales y de tramontana, junto con el aprovechamiento de las brisas y terrales costeros. Un segundo derrotero iría de la costa del levante a Ibiza, aunque éste presenta ciertas dificultades debido a las calmas y a los constantes cambios de viento. Un tercer derrotero sería el meridional de cabotaje entre las islas, aprovechando los levantes y ponientes siempre a sotavento de los mismos. Un último derrotero importante sería el de la derrota Cartago, Ibiza, Cartagena y Cádiz, que presenta tramos y escalas según sean los destinos y variantes condicionados por la dirección de los vientos.

### **3.3. RITMOS DE LA COLONIZACIÓN PRIMIGENIA Y EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS DE LA PRIMERA PRESENCIA HUMANA EN LAS ISLAS BALEARES**

Existe abundante información para asegurar que grupos mesolíticos pescaron más allá de la plataforma continental (Guerrero 2006b y c). Estas actividades pesqueras fueron las que influyeron en un desarrollo naval y, probablemente, en relación a ellas se produjo la exploración y las primeras visitas sistemáticas a los territorios insulares alejados de la base continental. En este contexto de actividad pesquera y obtención de materias primas, debemos situar las primeras referencias de navegación prehistórica conocidas para el Mediterráneo a partir del VIII milenio, como, por ejemplo, las visitas desde la costa de Grecia a la isla de Melos (Perlés 1995), o la ocupación de Kythnos (Honea 1975) y Chipre (Guilaine 2003).

En cualquier proceso de ocupación humana primigenia de las islas se desarrollan toda una serie de fases que pueden alargarse más o menos en el tiempo, pero que nos permiten analizar lo complejo que puede llegar a ser un proceso de colonización insular (Graves y Addison, 1995). Sin embargo, debemos tener en cuenta que es únicamente en la última fase de todo el proceso de colonización cuando se generará un nivel de visibilidad arqueológica lo suficientemente nítido, por lo que las fases anteriores suelen presentar importantes lagunas en el registro arqueológico.

Entre las fases que caracterizan el proceso de ocupación humana primigenia de las islas se debe destacar, en primer lugar, la fase de exploración y descubrimiento. Ésta se caracteriza por los tanteos previos y las visitas más o menos esporádicas. En esta fase, los indicadores suelen ser prácticamente inexistentes y las evidencias de la presencia humana son de tipo indirecto, como la detección de cambios bruscos en la cubierta vegetal o la extinción masiva de fauna endémica. La siguiente fase es la de frecuentación, cuando las visitas suelen adquirir un carácter más regular, muchas veces relacionadas con la explotación de recursos estacionales. La tercera fase supondría el asentamiento estable o la colonización, momento en el que se produce una ocupación permanente del territorio.

La cadencia con la que se suceden estas fases y el tiempo que puede transcurrir entre una y otra depende de multitud de factores. A grandes rasgos, se han establecido una serie de modelos. Por un lado, irían aquellos en los que descubrimiento, frecuentación y asentamiento son relativamente simultáneos en el tiempo. Por otro, aquellos en los que cada fase se da en un intervalo largo en el tiempo. También se constatan modelos en los que descubrimiento y frecuentación son rápidos pero, sin embargo, el asentamiento se retrasa en el tiempo. Finalmente, hay otros en los que el descubrimiento es rápido, pero luego se da un importante lapso de tiempo hasta el desarrollo de las siguientes fases (Graves y Addison 1995).

Para el caso de Baleares, aún no contamos con suficiente información para definir claramente el modelo, aunque a la luz de los datos arqueológicos parece que hubo un lapso importante de tiempo entre el descubrimiento, la frecuentación y el asentamiento definitivo de comunidades humanas en las Islas. En este sentido, contamos con algunos datos parciales que permiten pensar que, al menos a partir del Epipaleolítico, comunidades prehistóricas continentales frecuentaron las islas. En este sentido, podríamos interpretar los restos de industria lítica procedente de Binimel·la y Ciutadella en Menorca (Fullola *et al.* 2005). Otras evidencias, como los estratos carbonosos de la Cueva de Canet en Mallorca (Kopper 1984; Pons Moyà y Coll 1986) o las evidencias de la gruta del Pouàs en Ibiza (Alcover *et al.* 1994), que si bien podrían ubicarse dentro de esta dinámica, deben permanecer en cuarentena a la espera de que se concrete la secuencia cronoestratigráfica.

A partir de finales del IV y principios del III milenio AC, se encuentran toda otra serie de indicadores que pueden ser tenidos en cuenta como posible reflejo de la presencia humana en las islas<sup>17</sup>. Entre ellos, se puede destacar la sucesión de estratos carbonosos del abrigo de Son Matge (Waldren 1982), que han sido reinterpretados a partir del análisis microestratigráfico realizado por M. Bergadà *et al.* (2005) como una sucesión de niveles alternos de cenizas y carbones, que deben relacionarse con lechos quemados originados por la estabulación de ganado, principalmente ovicápridos. Si bien no es posible una correlación directa entre las muestras analizadas por Bergadà y las dataciones realizadas por Waldren, lo cierto es que, a pesar de los problemas de incertidumbre que la naturaleza de la muestra incorpora, estaríamos ante unas fechas situadas a finales del III milenio. Una secuencia parecida se constata en el abrigo de Mongofre Nou, en Menorca, en el que también se han documentado procesos de estabulación (Bergadà y De Nicolàs 2005). Estos niveles fueron datados en su momento a partir de cenizas compactadas con partículas carbonosas y proporcionaron una fecha (UBAR-418) en el intervalo 3520-3090 AC.

Junto a estos datos parciales e incompletos, se cuenta con otro tipo de evidencias indirectas, que si bien no demuestran la presencia humana en la isla, sí podrían relacionarse con ella. Entre éstas, cabe mencionar algunos cambios importantes en la cobertura vegetal (Pérez Obiol *et al.* 2000) y la posible relación entre la extinción de fauna autóctona de origen pleistocénico, en especial el *Myotragus balearicus*, con la llegada del hombre y la introducción de fauna doméstica (Bover y Alcover 2003). En relación a este último aspecto, se deben tener en cuenta dos consideraciones. Por una parte, no se documentan restos de este animal en los yacimientos de comunidades prehistóricas datados entre el c. 2500-2000 AC, por lo que su extinción ya se habría producido. En segundo lugar, las últimas dataciones

---

**17** Si bien es cierto que muchos de estos indicios presentan problemas referentes al tipo de muestra o al resultado radiocarbónico obtenido, optamos por incorporarlas en el discurso, pues entendemos que proporcionan información relevante que debe ser tenida en cuenta (Guerrero *et al.* 2007: 66).

de *Myotragus balearicus* se sitúan en torno al 3650-3380 AC para Cabrera (Bover y Alcover 2003) y 3970-3760 AC para Menorca (Quintana *et al.* 2003). Parece que es en la franja cronológica situada entre ambos hechos donde se debe ubicar la extinción de este animal. Es también en esa franja en la que, cada vez más, se están ubicando las evidencias de las primeras comunidades estables de las Baleares.

A partir de la primera mitad del siglo III se constatan evidencias cada vez más claras de la presencia humana en las Baleares. Entre ellas, debe destacarse la continuación de la secuencia de estratos relacionados con procesos de estabulación en el yacimiento de Son Matge (Mallorca) datados entre el 2860 y el 2470 AC, toda una secuencia de hogares en el yacimiento de Son Gallard datados entre el 2800-2500 AC (Guerrero *et al.* 2005), así como diferentes vasijas cerámicas documentadas en yacimientos como Son Matge o Son Gallard que, pese a problemas de referencias estratigráficas, podrían ubicarse en este horizonte (Guerrero *et al.* 2007).

En definitiva, más allá de que las islas pudieron ser visitadas durante el Epipaleolítico por comunidades prehistóricas continentales que no generaron asentamientos humanos estables, los datos arqueológicos que se van acumulando en el periodo cronológico comprendido entre el 2900-2500 AC, parecen evidenciar la presencia de los primeros asentamientos humanos. Éstos aparecen ligados a explotaciones de pastoreo, como parecen indicar los diferentes niveles de estabulación de yacimientos como Son Matge o Montgofre Nou, así como los hogares documentados en Son Gallard.

Como se ha comentado anteriormente, en el municipio de Calvià, no se cuenta, por el momento, con ninguna evidencia arqueológica que permita constatar la presencia humana en esos momentos tan remotos.

### **3.4. EL CALCOLÍTICO: LA CONSOLIDACIÓN DE LA POBLACIÓN ESTABLE Y LAS PRIMERAS COMUNIDADES METALÚRGICAS. 2500/2300-2000 AC**

Las primeras comunidades que parecen haber ocupado de forma estable las Islas Baleares son las comunidades pertenecientes al Calcolítico (Calvo y Guerrero 2002; Calvo *et al.* 2002; Guerrero y Calvo 2004; Guerrero 2006; Lull *et al.* 1999; Lull *et al.* 2004; Micó 2005; Guerrero *et al.* 2007). Sin embargo, se observa un importante desequilibrio en lo que respecta a la cantidad y solidez de la documentación disponible para cada una de las islas. Por el momento, esta situación limita a Mallorca el análisis de la concepción territorial de estas comunidades. Sin embargo, los datos fragmentarios del resto de las islas no parecen contradecir la impresión general que puede observarse en la mayor de las islas del archipiélago balear.

Estas primeras comunidades estables desarrollan estrategias de base agrícola-ganaderas y establecen una doble dinámica de asentamiento en el territorio. Por una parte, ocupan territorios fértiles, principalmente valles interiores de la Serra de Tramuntana y zonas del Pla de Mallorca. En ellos, se construyen poblados de cabañas de tendencia circular con zócalos de piedra y cubierta vegetal. Los poblados no presentan una delimitación física y no se documenta ningún tipo de arquitectura defensiva. Como ejemplo paradigmático de este tipo de poblados, se podría señalar a Son Ferrandell-Oleza (Enseñat y Waldren, 1987; Waldren 1987 y 1998; y su posterior revisión en Calvo y Guerrero 2002; Guerrero *et al.* 2006 y 2007),



aunque también se pueden citar ejemplos más fragmentarios, como Ca Na Cotxera (Cantarellas 1972), Can Cel Costella (Aramburu 2000), o Es Velar d'Aprop (Carreras y Covas 1984; Calvo y Guerrero 2002). Por el momento, en Menorca no se conoce ningún asentamiento de este tipo, mientras que en Ibiza podríamos destacar el poblado del Puig de Ses Torretes, que presenta unas características parecidas a las comentadas (Costa y Benito 2000).



Figura 9. Cabaña circular con zócalo de piedra en Son Ferrandell-Oleza (Valldemossa).

Frente a esta estrategia de ocupación estable, encontraríamos una segunda, caracterizada por el uso de abrigos y cuevas en zonas montañosas (Guerrero 1997; Calvo y Guerrero 2002; Calvo *et al.* 2002; Coll 2006; Guerrero *et al.* 2007). Posiblemente, se trata de ocupaciones de tipo estacional que permitirían la explotación de otros ecosistemas. Dentro de este grupo de asentamientos, se podrían citar los yacimientos de Son Matge (Waldren 1982 y 1998), Son Torrella (Enseñat 1961), Coval Simó (Coll 2000 y 2006) o Sa Cova des Bous (Rosselló Bordoy 1958).

Con estas comunidades calcolíticas empiezan a desarrollarse labores de transformación efectiva del entorno, aunque éstas son de difícil apreciación arqueológica. Dicha transformación se corresponde con la generación de estrategias de producción basadas en actividades agrícolas y ganaderas estables, cuya finalidad es la obtención de rendimientos aplazados y la generación de cierto grado de almacenaje. Sin embargo, el desarrollo de la investigación no permite trazar un esbozo completo de las diferentes estrategias de gestión de los recursos que el territorio insular podía ofrecer. En todos los registros arqueofaunísticos que se conocen, la cabaña ganadera aparece plenamente consolidada con la presencia de cabras (*Capra hircus*), ovejas (*Ovis aries*), cerdo (*Sus escrofa escrofa*) y buey (*Bos taurus*). Sin embargo, en el estado actual de los conocimientos no se pueden establecer porcentajes, ni siquiera aproximados, de cada una de las especies ni de su gestión. Por su parte, algunos hallazgos

permiten intuir que la explotación ganadera incluía la gestión de productos secundarios de algunas especies, como así parece atestiguarlo la presencia de recipientes cerámicos perforados, considerados tradicionalmente como queseras, localizados en los yacimientos de Son Ferrandell-Oleza (Waldren 1998) y Coval Simó (Coll 2000). De la misma forma, la existencia de pesas de telar en el asentamiento de Son Ferrandell-Oleza o en el de Es Velar d'Aprop (Carreras y Covas 1984) permite plantear la existencia de labores de hilado y tejido de lana.

Junto a esta actividad ganadera, se debe plantear la existencia de actividades relacionadas con la explotación de los recursos vegetales. Si bien faltan por completo estudios paleobotánicos, el análisis traceológico de hojas de sílex tabular (Calvo y Salvà 2007), ha permitido identificar la presencia de actividades de siega, sin poder diferenciar si se trata de la siega de especies silvestres o domésticas. También, en el yacimiento de Coval Simó, se ha documentado la presencia de leguminosas y plantas con propiedades medicinales, como la zaragatona, el romero o la hierba hormiguera (Coll 2006).

Por último, cabe destacar la documentación de las primeras prácticas metalúrgicas, con la presencia de vasijas de reducción para tratar los minerales de cobre extraídos (Waldren 1982; Calvo y Guerrero 2002; Calvo *et al.* 2002; Guerrero *et al.* 2007). Las tareas de fundición se llevaron a cabo, en muchas ocasiones, en los mismos poblados o en asentamientos estacionales, como han puesto en evidencia los hallazgos de fragmentos de vasijas de reducción en los asentamientos de Es Velar d'Aprop (Carreras y Covas 1984; Carreras 2002) y Son Matge (Waldren 1982). El instrumental metálico, que con seguridad puede adscribirse a este periodo, es ciertamente escaso. Se puede destacar la presencia de varias puntas de flecha laminares y unas pocas hojas foliáceas que, en algunos casos, muestran señales de remachado en el pedúnculo (Veny 1968; Coll 1991; Rosselló 1974; Rosselló *et al.* 1980; Delibes y Fernández Miranda 1988; Calvo y Guerrero 2002; Guerrero *et al.* 2007).

En el mundo funerario se constata una gran variedad de tradiciones que, por el momento, presentan dificultades para su integración y valoración (Calvo y Guerrero 2002; Calvo *et al.* 2002; Guerrero *et al.* 1997, 2003, 2006 y 2007). Por una parte, se encuentran enterramientos colectivos en dólmenes (Lull *et al.* 1999; López Pons 2001; Calvo y Guerrero 2002; Calvo *et al.* 2002; Guerrero *et al.* 2003). Esta tradición funeraria está muy arraigada en Menorca, pero se documenta de manera mucho más puntual en Mallorca y Formentera. Por el momento, dicha tradición es totalmente desconocida en Ibiza. Las dataciones radiocarbónicas realizadas en los contextos funerarios de estas construcciones reflejan una larga ocupación, que llegaría hasta el Bronce Antiguo (Naviforme I). Sin embargo, algunas de las evidencias se remontarían a esta fase, como por ejemplo, las documentadas en yacimientos como Biniai Nou (Plantalamor y Marques 2001) y Ca Na Costa (Topp *et al.* 1979; Fernández *et al.* 1988). Probablemente, algunos materiales, como la punta metálica documentada en el dolmen de Ses Roques Llises, también permitan sugerir, con ciertas precauciones, el origen calcolítico de esta estructura (Calvo y Guerrero 2002; Calvo *et al.* 2002).

Frente a esta tradición de tipo dolménico, también se puede citar la presencia de inhumaciones en cuevas y abrigos, en el mejor de los casos con pequeños acondicionamientos a modo de sencillas cistas. Con ciertas precauciones, se podría incluir dentro de esta tradición la inhumación documentada en Cova d'es Moro (Manacor, Mallorca) (Calvo *et al.* 2001; Guerrero *et al.* 2007) o las inhumaciones colectivas de los momentos más tardíos del Calcolítico e inicios de la Edad del Bronce documentadas en yacimientos como Moleta (Sóller) (Waldren 1982 y 2003), Can Martorellet (Pons 1999 y 2009), Sa Canova (Enseñat 1951; Cañigüeral 1951; Amorós 1955) o Son Maiol (Rosselló 1962).

En ninguno de los yacimientos comentados (poblados y estaciones funerarias) se establecen grandes controles visuales, ni conexiones directas entre asentamientos y necrópolis. Únicamente en los abrigos y cuevas de hábitat ubicados en las zonas más altas y montañosas se observa cierto control del territorio. Este dominio visual afecta, principalmente, a zonas de paso y tránsito natural entre los diferentes valles interiores de la Serra de Tramuntana y otras zonas montañosas, como puede observarse en yacimientos como Coval Simó (Escorca), Son Matge (Valldemossa), Son Torrella (Escorca) y la Cova des Bous (Felanitx).

En definitiva, el Calcolítico supone la primera fase de ocupación estable de comunidades prehistóricas en las islas. A partir de ese momento, nos encontramos con estrategias sencillas de control simbólico y efectivo del territorio. Las comunidades calcolíticas conciben y perciben el espacio como un entorno abierto, sin grandes limitaciones, ni simbólicas ni físicas, y sin claras delimitaciones territoriales. Sin embargo, ya se ha iniciado un proceso de antropización del espacio, con la fijación de poblaciones y actividades en poblados estables, con estaciones de control de pasos estratégicos y con la construcción de estructuras dolménicas que, a modo de hitos territoriales-simbólicos, fijan la presencia de la comunidad en el territorio.

Como se ha comentado anteriormente, no se cuenta, en el municipio de Calvià, con ninguna evidencia material de estas primeras comunidades estables. Sin embargo, es probable que ello se deba más a lagunas de conocimiento y de prospección intensiva del territorio que a la ausencia de población calcolítica en este momento en el suroeste de Mallorca.

El final del III milenio parece marcar el fin de esta fase calcolítica. Arqueológicamente, ello se visualiza por la desaparición o la documentación testimonial de los materiales más significativos de este periodo. Desaparecen las cerámicas campaniformes de decoración incisa, que son substituidas por otras formas cerámicas que presentan unos motivos decorativos incisos mucho más burdos y sencillos. Desaparece, o se convierte en un elemento prácticamente testimonial, la industria lítica tabular, en especial los cuchillos y elementos de hoz, así como las plaquetas de arquero y algunas puntas de lanza propiamente calcolíticas. Sin embargo, y a pesar de esos cambios en la cultura material, muchos de los asentamientos de la fase calcolítica parecen perdurar en el tiempo. Sobre algunos de ellos, como Son Ferrandell-Oleza, se construirán edificios ciclópeos característicos del Bronce Naviforme Balear, mientras que otros perduran hasta las primeras centurias del II milenio.

---

### 3.5. LA EDAD DEL BRONCE

---

Como ocurre con frecuencia, no siempre es fácil ni delimitar con precisión el origen de una entidad arqueológica, ni establecer el proceso histórico que la originó. Si bien se han realizado numerosos intentos de periodificación (Rosselló 1972; Waldren 1986; Calvo y Salvà 1997; Guerrero 1997; Plantalamor 1991 y 1997) con cambios incluso en su denominación que ha pasado de llamarse Pretalayótico (Rosselló 1972; Pons 1999) a Naviforme (Lull *et al.* 1999) o Bronce Naviforme (Calvo *et al.* 2002), lo cierto es que en los últimos años se ha llegado a cierto consenso respecto a su delimitación cronocultural, que podríamos ubicar, *grosso modo*, entre el 1700 y el 1000 AC (Lull *et al.* 1999 y 2004; López Pons 2000; Calvo *et al.* 2001; Salvà *et al.* 2002; Guerrero *et al.* 2006 y 2007).

Visualmente, los elementos más característicos de la Edad del Bronce balear, especialmente para Mallorca y Menorca, lo constituirán la arquitectura ciclópea de planta en forma de herradura alargada (navetiformes) y los hipogeos funerarios excavados en la roca arenisca. Sin embargo, la aparición de estos



elementos no coincide con el inicio de la Edad del Bronce pues, tradicionalmente, se ha tomado como referencia cronológica de esta fase la documentación de la metalurgia del bronce. Para las Baleares, los primeros objetos metálicos de cobre con aleación de estaño son los punzones hallados en el dolmen de S'Aigua Dolça en Mallorca, donde aparecen asociados a un cuchillo triangular con remaches de filiación argárica (Guerrero *et al.* 2003). Este conjunto de objetos metálicos se asocia a un intervalo temporal que se incluiría entre el 1890 y el 1680 AC, lo que marcaría el inicio de la Edad del Bronce. La incorporación del bronce en las Baleares se produce de forma globalmente simultánea, aunque muy limitada, como ocurre también en las tierras continentales (Pare 2000), especialmente con aquellas tierras que tienen mejor comunicación con las Baleares, como son el delta del Ebro y la zona de Cataluña. En todas ellas, la presencia de la metalurgia del bronce se documenta en torno al 2100-1800 AC.

Estas fechas coincidirían, *grosso modo*, con la aparición de otro de los rasgos más significativos de la Edad del Bronce balear: los hipogeos excavados en roca arenisca. Este elemento presenta unas características formales y rituales muy marcadas, que determinarán una nueva forma de gestionar el mundo de los muertos por parte de las comunidades de la Edad del Bronce. Las dataciones más antiguas asociadas a los hipogeos funerarios son las procedentes de Son Mulet y nos sitúan en un intervalo cronológico de 2140-1730 AC (UA-18295) (Gómez y Rubinos 2005).

La cultura material asociada a gran parte del Bronce Antiguo se documenta, por primera vez, en necrópolis, tanto asociadas a hipogeos artificiales, como el de Son Mulet, como a cuevas que son utilizadas como grandes contenedores funerarios como, por ejemplo, el caso de Can Martorellet en Pollença. Las dataciones más antiguas asociadas a este universo material, obtenidas en estos yacimientos se ubicarían al inicio del II milenio (Can Martorellet, KIA-15714 2020-1770 AC y Son Mulet UA-18295, 2140-1730 AC).

Sin embargo, y pese a que a principios del II milenio ya encontramos gran parte de los elementos diagnósticos del inicio de la Edad del Bronce, la arquitectura ciclópea, que marcará gran parte de este periodo, se halla ausente y no será hasta unas cronologías cercanas al 1600-1500 AC cuando se hará presente. En este sentido, cabe tener en cuenta que los momentos iniciales de una formación social son siempre problemáticos de fijar en prehistoria, sobre todo cuando existen claros elementos de continuidad con la etapa anterior y las dataciones referidas a este periodo son aún escasas.

Todo ello ha obligado a realizar determinadas subdivisiones dentro de la Edad del Bronce balear que aúnen los cambios en la cultura material junto a las transformaciones socioeconómicas que se desarrollan a lo largo del periodo (Salvà *et al.* 2002; Guerrero *et al.* 2006, Guerrero *et al.* 2007):

1. Transición Epicampaniforme – Bronce Antiguo I (2000 – 1600/1500 AC).

Algunas de las características de este momento ya se han comentado anteriormente, por lo que no se insistirá mucho más en ello. En general, se observa una cierta continuidad con la fase anterior, aunque desaparecen la mayoría de sus fósiles directores y se documentan las primeras evidencias de la metalurgia del bronce. Hay una continuidad en los espacios de hábitat y será la fase en la que deben ubicarse la mayoría de sepulturas dolménicas documentadas en las Baleares.

2. Bronce Antiguo Naviforme I (1600/1500 – 1300 AC).

Momento inicial de las construcciones navetiformes y la generación de cambios en la distribución y organización espacial de las comunidades prehistóricas. Se produce la generalización de las necrópolis

colectivas, ubicadas tanto en hipogeos artificiales como en grutas naturales y se documenta un uso marginal de los dólmenes. En este momento, algunas de las grutas mallorquinas y menorquinas son utilizadas como santuarios rupestres.

### 3. Bronce Final Naviforme II (1400/1300 – 1100 AC).

En este periodo ya no se registran, como ocurría en la fase anterior, elementos de naturaleza arcaizante, como por ejemplo el uso de necrópolis dolménicas. Durante esta fase, la metalurgia del bronce da un salto cualitativo y cuantitativo con un claro aumento del ajuar metálico. Ello va unido a un importante incremento de los intercambios con el exterior, con el desarrollo de una compleja red de asentamientos costeros relacionados con la navegación interinsular de cabotaje. En algunos yacimientos, por ejemplo en Closos de Can Gaià, se observa el desarrollo de espacios comunales de producción.

### 4. Bronce Final Naviforme III (1100 – 900/850).

Se trata de una fase de transición y cambio entre las estructuras propias del Bronce Naviforme y la aparición de la Cultura Talayótica. Por ello, algunos autores (Lull *et al.* 1999), denominan esta fase como Prototalayótico. Se caracteriza por el mantenimiento de los hábitats navetiformes, aunque con importantes reacondicionamientos del espacio doméstico (Salvà y Hernández 2009; Fornés *et al.* 2009). Junto a estos hábitats de la Edad del Bronce que perduran encontramos la construcción de nuevos asentamientos conceptual y arquitectónicamente diferentes, como sería el caso de Es Figueral de Son Real en Mallorca, o estructuras que posteriormente quedarán arrotizadas e integradas dentro de complejos arquitectónicos plenamente talayóticos como ocurre, por ejemplo, en el yacimiento de Son Ferrer (Calvo *et al.* 2005) o S'illot (Frey 1968) para Mallorca, o Trebalúger (Plantalamor 1991) para Menorca.

Asociadas a todas estas transformaciones arquitectónicas y de concepción espacial que estructuran y son estructuradas por los cambios que se generan en las comunidades prehistóricas, también observamos la descomposición de la red de asentamientos costeros, quedando sólo algunos que se insertan dentro del nuevo entramado de intercambios que se van a desarrollar durante la Edad del Hierro y que se relacionan con la presencia fenicia en Ibiza.

Sobre las bases de este esquema cronocultural, a lo largo de las siguientes páginas se desarrollarán los aspectos más significativos de cada una de estas fases, intentando insertar los diferentes yacimientos del municipio de Calvià dentro del esquema interpretativo planteado.

#### **3.5.1. BRONCE ANTIGUO NAVIFORME I (1600/1500 – 1300 AC)**

De esta fase son las primeras evidencias arqueológicas de la ocupación humana en el municipio de Calvià, lo que no excluye la posible existencia de comunidades prehistóricas que ocupasen este territorio en épocas anteriores, aunque por el momento, no se ha podido constatar arqueológicamente su presencia.

Durante esta fase, las comunidades se estructuran en torno a poblados constituidos por unidades arquitectónicas denominadas navetiformes y que conforman las unidades habitacionales básicas. Se trata de construcciones de arquitectura ciclópea de planta alargada en forma de herradura. En algunos casos, estos poblados se ubican sobre anteriores poblados calcolíticos, como en Son Ferrandell-Oleza o Ca Na Cotxera.

Los muros de estas edificaciones son muy anchos y presentan un doble paramento con relleno de cascajo. Su planta, en forma de herradura alargada, viene rematada por un ábside entre apuntado y redondeado. El portal, en la mayoría de los casos, es una simple aproximación de la trayectoria de los muros en la zona de la fachada, aunque se conocen algunos casos en los que la entrada se realiza a través de muros transversales que generan un corto corredor<sup>18</sup>. En Calvià encontramos algunos de los ejemplares mejor conservados de navetiformes con entrada de corredor, como por ejemplo en el yacimiento de Es Burotell (Guerrero 1982), o el más conocido de la naveta Alemany (Enseñat 1971; Guerrero 1982; Guerrero *et al.* 2007).

Existen muy pocas evidencias arqueológicas sobre el sistema de cubierta de estas construcciones. Sin embargo, en los navetiformes mejor conservados como Can Roig Nou y Can Amer, se observa una inclinación de los muros hacia el interior mediante el sistema de aproximación de hiladas, lo que permitiría un cierre de la cubierta a partir de troncos apoyados sobre los muros, con cobertura vegetal y barro para impermeabilizar la cubierta. La documentación de nódulos de arcilla del primer nivel prehistórico del Naviforme I del yacimiento de Closos de Can Gaià (García Amengual 2006) parece confirmar esta hipótesis. Únicamente se ha conservado un navetiforme con cubierta, el de Son Mercer de Baix en Menorca. En él, el sistema de techumbre se realiza a partir de losas apoyadas sobre columnas que, a su vez, aguantan una cubierta de cascajo y piedra menuda (García Amengual 2006; Guerrero *et al.* 2007).

Si bien internamente estas estructuras navetiformes generan un único espacio sin fronteras visuales, la organización interna de los mismos es mucho más compleja y el espacio generado no puede considerarse como unitario. La presencia de hogares, altillos, mesas de trabajo y enlosados en la zona de acceso o en los laterales genera un espacio complejo en yacimientos como Closos de Can Gaià, Can Roig Nou, Hospitalet, Son Oms, Canyamel, etc. (Calvo *et al.* 2001; Salvà *et al.* 2002; Rodríguez Alcalde 1995; Salvà inédito; Guerrero *et al.* 2007). Éste acoge las diferentes labores que se realizan dentro de estas estructuras, que irían desde la gestión de tareas domésticas y lugares de almacenaje y descanso, hasta toda una serie de actividades más sociales y políticas de interacción con el resto de miembros de la comunidad (Fornés *et al.* 2009).

En los poblados, estas unidades arquitectónicas pueden encontrarse aisladas o en conjuntos de dos, e incluso tres unidades adosadas. Esta arquitectura ciclópea doméstica se inserta en agrupamientos comunales formados por un número muy variable de unidades de navetiformes que pueden ir desde unos pocos, como el caso de Son Ferrandell-Oleza (Waldren 1998) o Son Mercer de Baix (Plantalamor 1991), hasta poblados en los que se localizan en torno a la veintena, como los poblados de Bóquer o Formentor (Fernández Miranda 1978), pasando por poblados medios, como Closos de Can Gaià con diez navetiformes (Calvo y Salvà 1999). En Calvià destacan los poblados de Son Bugadelles y Son Ferrer para la cuenca Santa Ponça-Magaluf o los poblados de Sa Coma de s'Aigua/Es Burotell, o Ses Sínies para las cuencas de Son Roig-Valldurgent y Galatzó-Es Capdellà, respectivamente. Entre los navetiformes aislados debe destacarse, especialmente, el de la Naveta Alemany en la cuenca Santa Ponça/Magaluf o el de Collet des Moro en Peguera.

---

**18** Para profundizar en la descripción de los navetiformes consultar Calvo *et al.* 2001; Lull *et al.* 2004; Salvà 2001; Guerrero *et al.* 2007; así como las descripciones que se realizan en este mismo volumen.



Figura 10. Vista aérea de los navetiformes 1 y 2 del poblado de Closos Can Gaià.

La aparición de los navetiformes supone un cambio radical en la configuración de los espacios domésticos, sobre todo si tenemos en cuenta que en la fase anterior encontramos pequeñas cabañas de tendencia circular. El surgimiento de la arquitectura ciclópea supone una monumentalización del espacio doméstico y la utilización de la arquitectura como lenguaje simbólico de presencia en el espacio y en el territorio de la comunidad que los ha construido. De esta manera, la vivienda, que debe concebirse como algo más que un mero contenedor de lo doméstico, constituye, durante la Edad del Bronce balear, la arquitectura de mayor relevancia en unas comunidades carentes de arquitectura social de carácter simbólico, político o ritual. Todo ello parece sugerir que, además de las finalidades domésticas de las viviendas, éstas pudieron combinarse con otras de carácter simbólico, político y de cohesión del grupo que las construyó (Fornés *et al.* 2009).

En definitiva, las comunidades del Bronce Naviforme parecen articularse en torno a estas unidades sociales básicas residenciales, en las que se centra la organización de la producción y el control de la distribución y almacenamiento, y que acogen en su seno, gran parte de las relaciones sociales políticas y simbólico-religiosas que se dan en el poblado. Probablemente, estas unidades básicas girarían en torno al concepto de familia extensa, muy relacionada con cada uno de los navetiformes y su agrupación en poblados. No existirían, de manera muy desarrollada y arqueológicamente visible, estructuras centralizadoras por encima de las unidades de residencia y producción (Lull *et al.* 1999).

Los pocos análisis de arqueología territorial realizados sobre esta fase cronológica (Gili 1989 y 1995; Rodríguez Alcalde 1995; Pons 1999; Salvà 2001) permiten concluir que los poblados de navetiformes

suelen ocupar suelos altamente fértiles, aunque controlan biotopos más variados con otros suelos no tan aptos para el uso agrícola. Los poblados suelen ubicarse en zonas llanas, sin un dominio visual amplio del territorio, aunque sí de los recursos más cercanos. De este patrón general deben sustraerse los yacimientos de montaña y otros costeros. La distancia media con el vecino más próximo puede establecerse entre 2.5 y 5 km, mientras que las necrópolis suelen localizarse entre 1 y 3 km.

La base económica de estas comunidades parece centrarse en la explotación ganadera, aunque la ausencia de estudios paleobotánicos exige ser muy cautos, ya que se desconoce el peso real que tuvieron las actividades agrícolas. En cualquier caso, se mantiene la cabaña ganadera clásica con bóvidos, suidos y ovicápridos, así como la explotación de sus productos secundarios.

En el mundo funerario se observa cómo la tradición de inhumaciones colectivas en gruta, que tuvo sus inicios durante el Calcolítico, se consolida. No parece haber ninguna ruptura con la etapa anterior, como lo atestiguan los resultados de las excavaciones en los yacimientos de Son Maiol (Plantalamor 1974), Corral des Porc o Can Martorellet (Pollença, Mallorca) (Pons 1999 y 2009). En esta última cueva se han podido documentar parte de los rituales funerarios, que consistieron en ofrendas de productos en cerámica que eran tapadas con otras de menor tamaño. En algunos casos, varias vasijas se habían introducido en otra mayor.

Junto a esta tradición, también perviven los dólmenes, con ejemplos como Son Bauló (Rosselló 1966) y S'Aigua Dolça (Guerrero y Calvo 2001; Guerrero *et al.* 2003) en Mallorca. En Menorca, encontramos una tradición más duradera, que llegaría hasta los dólmenes más modernos de Son Ferragut y Son Hermità, cuya última ocupación se dataría en torno al c. 1450 AC (López Pons 2000).

Sin embargo, frente a estas pervivencias, nos encontramos con la generalización, en Mallorca y Menorca, de una nueva tradición funeraria caracterizada por inhumaciones colectivas depositadas en hipogeos funerarios excavados en la roca arenisca, conformando necrópolis de varias cuevas artificiales.

Dos circunstancias desafortunadas para la investigación impiden estudiar con detalle este tipo de necrópolis hipogeas. Por un lado, contamos con muy pocas dataciones radiocarbónicas (Gómez y Rubinos 2005) que permitan establecer referentes cronológicos seguros, aunque parece probable que estuvieran en uso durante el Bronce Antiguo I y gran parte del Bronce Naviforme I. Por otro lado, los saqueos sistemáticos de estos hipogeos impiden cualquier tipo de acercamiento a los rituales funerarios realizados. Desde un punto de vista exclusivamente formal (Veny 1968), se observa una gran variedad de cuevas artificiales, que irían desde los hipogeos simples con entrada a través de un pozo o corredor sencillo y cámara de planta alargada sin otros elementos, hasta cuevas de gran complejidad con corredores seccionados, antecámaras, cámara sepulcral con trinchera central, bancada corrida y cubículos abiertos en los laterales.

Los ejemplos más significativos en el municipio de Calvià se sitúan en la cuenca de Santa Ponça-Magaluf, con la necrópolis de Son Ferrer-Can Vairet y la Cova des Llenyaters. Sin embargo, por desgracia, en ninguna de ellas se han podido localizar los restos del registro funerario, ya que habían sido expoliadas desde antiguo.

El fin del uso de estos hipogeos artificiales podría situarse en torno al 1400 AC, momento en que dejarían de construirse y de usarse, salvo en alguna reutilización esporádica. Los datos radiocarbónicos más

recientes de los yacimientos de Son Mulet (UA-18297) y Rotana (UA-18291) (Gómez y Rubinós 2005), se sitúan en un intervalo temporal de 1490-1430 AC, lo que coincide con la ausencia de materiales cerámicos correspondientes al Bronce Naviforme II como los localizados en contextos de hábitat, como Hospitalet, Canyamel, Closos de Can Gaià y Cala Blanca (Guerrero *et al.* 2007).

La reconstrucción de los rituales funerarios practicados en los hipogeos durante el Bronce Antiguo está muy limitada por la falta de datos precisos en la mayoría de necrópolis colectivas, ya sea por el expolio intenso que han sufrido o por la presencia de excavaciones sin publicar. En cualquier caso, se pueden reseñar algunos datos interesantes que se han podido constatar. Entre ellos, destacan las reubicaciones y las gestiones *post mortem* de los cuerpos esquelizados, especialmente de los cráneos. Este ritual asociado a la gestión del cráneo está bien constatada desde c. 1800 AC, tanto en sepulturas dolménicas (Guerrero y Calvo 2001; Guerrero *et al.* 2003) como en covachas naturales como la de Son Marroig. Durante el Bronce Naviforme I, este ritual funerario también se encuentra asociado a las necrópolis en hipogeos. Uno de los ejemplos más claros de la deposición separada de esqueletos y cráneos se documentó en el yacimiento de Son Puig (Waldren 1982). En el asentamiento de Ca Na Vidriera (Llabrés 1978) también se documentan gestiones específicas de los cráneos. En éste se pudieron distinguir diez cadáveres adultos en posición fetal, sobre los que no se habrían realizado manipulaciones posteriores. Sin embargo, se constató la manipulación de algunos individuos, como parece indicar la localización de un cráneo depositado en el interior de un gran cuenco hemisférico, tapado a su vez con otra cerámica de menor tamaño. Otros cuencos también contenían huesos humanos cortos (Llabrés 1978). Dentro de esta misma tónica, también se podría incluir la necrópolis de Son Sunyer, en la que se localizaron ocho cráneos en el fondo de la cueva situados directamente sobre el suelo (Rosselló 1962).

Sin embargo, frente a esta gestión de los cuerpos esquelizados, durante el Bronce Antiguo también está documentada la existencia de inhumaciones primarias en este tipo de hipogeos. El caso más claro se encuentra en el hipogeo de Sa Tanca (Rosselló 1978), en el que los cadáveres se localizaron en el suelo en posición decúbito supino, y colocados en disposición radial con los cráneos dirigidos hacia el ábside.

Junto a los poblados y a las necrópolis, debe añadirse, para este periodo, la existencia de santuarios ruprestres, interpretados gracias a los excepcionales hallazgos de las grutas menorquinas de Es Mussol y Càrritx (Lull *et al.* 1999). La excavación de estos yacimientos ha permitido obtener una nueva visión de la ritualidad de estas comunidades con la documentación en Es Mussol de sacrificios de animales o la presencia de dos bustos de madera, uno representando un varón y otro a un zoomorfo. En Càrritx, se puede observar una evolución más compleja, con una primera fase que iría del c. 1600-1500 AC al c. 1450 AC, en la que se establecería un uso ritual contemporáneo a la Cova des Mussol, y una segunda fase, en la que la cueva se utilizaría como necrópolis colectiva. En Mallorca, estas prácticas sociales de culto en grutas no aparecen tan bien documentadas. Sin embargo, la excavación de la Cova des Moro en Santanyí ha permitido intuir que este tipo de prácticas rituales también estuvieron presentes en este yacimiento (Calvo *et al.* 2001), con la documentación de una ofrenda o depósito ritual de una daga de bronce.

A nivel de organización espacial, durante el Bronce Naviforme el territorio de estas comunidades se concibe, se construye y se percibe a través de una estrategia dual de ocupación del espacio: el binomio poblado/necrópolis. Como se ha comentado, los poblados se estructuran a partir de la repetición de unidades domésticas construidas con una arquitectura ciclópea de carácter monumental que exige una alta inversión de trabajo. La gestión del mundo funerario, en especial con la construcción de necrópolis colectivas excavadas en la roca, también implica una fuerte inversión de trabajo.



El paisaje naviforme se va construyendo a partir del binomio poblado/necrópolis. Se observa un aumento del número y la extensión de los poblados respecto al Calcolítico, lo que parece evidenciar un auge demográfico y un proceso más avanzado de antropización del territorio. Ello supone una necesidad de delimitar y asimilar un espacio a cada comunidad, ya que el territorio en ambientes insulares actúa como factor limitante.

La consecuencia de este proceso se traduce en una nueva forma de concebir el espacio. Éste aún mantiene ese carácter abierto y poco delimitado iniciado en el Calcolítico, pero se intensifica la antropización del mismo. Ello se realiza a través de una semantización de la arquitectura, que se convierte en el vehículo para transmitir, en un lenguaje simbólico, el control y la apropiación del territorio por parte de una comunidad. Esto se consigue con la utilización de una arquitectura ciclópea monumental y la gran inversión de trabajo que implica, tanto la construcción de los asentamientos como de las necrópolis.

A través de mecanismos de inversión social en la construcción de necrópolis y poblados, éstos últimos en base a una arquitectura ciclópea monumental, las distintas comunidades se apropian, aunque sea de manera simbólica, del territorio, cada vez más reducido por el desarrollo demográfico y con un mayor número de poblados documentados respecto a la fase calcolítica.

Hábitats y necrópolis que jalonan el espacio naviforme incorporan, en su propia ejecución, un mensaje que evidencia una mayor presencia de la comunidad sobre el territorio. Este tipo de elementos materiales son, a su vez, el reflejo del poder y del prestigio de la comunidad que los ha creado. Son símbolos de ocupación del territorio por parte de la comunidad. Evidencian, por tanto, un paso más en la antropización y en la apropiación del entorno, así como en el control y en la simbiosis entre territorio y comunidad.

Todo ello concuerda con los procesos socio-económicos comentados anteriormente, que suponen un desarrollo de las estrategias encaminadas a la reproducción ampliada y a la generación de excedentes. Dichas estrategias parecen articularse en torno a unidades sociales básicas residenciales, los navetiformes, en las que se centra la organización de la producción y el control de la distribución y almacenamiento. No existirían, de manera muy desarrollada y arqueológicamente visible, estructuras centralizadoras por encima de las unidades de residencia y producción (Lull *et al.* 1999).

Probablemente, dichas unidades, que conformarían el núcleo de la organización social de estas comunidades, girarían en torno al concepto de familia extensa, muy relacionada con cada uno de los navetiformes, su agrupación en poblados y sus correspondencias con los hipogeos y cuevas funerarias.

En estas comunidades, a pesar del aumento de la antropización del territorio mediante la arquitectura como símbolo de la presencia de la comunidad, el paisaje se sigue concibiendo como un espacio abierto, simbolizado pero abierto. No se establecen claros delimitadores territoriales, ni estaciones que ejerzan un control visual sobre el territorio.

La concepción de espacio abierto también se traslada al poblado naviforme. Si bien la arquitectura doméstica es una arquitectura ciclópea monumental, símbolo de la fuerza del grupo, los poblados naviformes no establecen claros límites. No se documentan ni elementos defensivos, ni murallas que conviertan el poblado naviforme en un terreno delimitado y definido<sup>19</sup>. Dentro del ámbito doméstico tampoco se generan grandes barreras interiores que cierren físicamente ámbitos y espacios. La transición entre el espacio interior y el espacio exterior es flexible, sin barreras visibles (Fornés *et al.* 2009).

---

<sup>19</sup> Lo que no impide la existencia en los poblados de espacios delimitados, como así parecen evidenciarlo la presencia de cercas en yacimientos como Closos de Can Gaià (Felanitx), Sa Cabaneta (Petra), Ses Sínies (Calvià) o Son Ferrandell-Oleza (Valldemossa).

Esa concepción de espacio abierto, sin barreras claramente establecidas, no impide que la comunidad se haga claramente visible en el paisaje. Ello se consigue a través de la arquitectura ciclópea doméstica, con la ubicación de los poblados en los terrenos más fértiles y la localización, en torno a ellos, de las diferentes necrópolis asociadas. En conjunto, esta estrategia espacial permite una presencia y una visualización clara de las comunidades que, de esta manera, consiguen cierto "control" sobre sus territorios y sus áreas de captación de recursos, más allá de marcar simbólicamente y conceptualmente el paisaje prehistórico de cada comunidad.

Este esquema se documenta en diferentes ámbitos de Mallorca como, por ejemplo, Felanitx (Salvà 2001). En el municipio de Calvià se visualiza especialmente en la cuenca de Santa Ponça-Magaluf, lo que permite concretar el modelo propuesto en la realidad del sur del municipio.

Esta área configura una península que viene delimitada al sur por una costa escarpada, con el cabo de cala Figuera en el extremo; al este por una zona de albufera, parcialmente desecada en la actualidad, y los arenales de Palmanova y Magaluf; al norte por las últimas estribaciones de la Serra de Na Burguesa con el Puig de sa Ginesta y el Puig del Rei y al oeste por la zona de albufera de la bahía de Santa Ponça. Se trata de un territorio muy bien delimitado geográficamente, ya que la península queda claramente marcada por la presencia de tres zonas húmedas a ambos lados (Salobrar de Magaluf, de Palmanova y el de Santa Ponça), que dan lugar a un estrechamiento a modo de gran istmo que, por el norte, está cerrado por las últimas estribaciones de la Serra de Tramuntana. Todo ello permite, por una parte, unos amplios accesos a esta península pero, por otra, una gran facilidad de control visual de los mismos, gracias a la presencia de pequeñas elevaciones en la zona de entrada a la península, como el Puig de sa Celleta, el Puig d'en Saragossa o en el interior de la misma (Puig de sa Ginesta, o el mismo Puig de sa Morisca).

En esta área documentamos seis yacimientos del Bronce Antiguo Naviforme. Dos de ellos corresponden a estaciones de hábitat (Naveta Alemany y poblado navetiforme de Son Ferrer), mientras que las cuatro restantes estaciones se relacionan con usos funerarios (cuevas de Cala Salomó, cueva de Son Massot y Cova des Llenyaters, necrópolis Son Ferrer-Can Vairet).

Especialmente, todos estos yacimientos se ubican en el interior de la península del sur de Calvià, concretamente en la llanura de Sa Porrassa, la zona más llana y fértil. La distribución de los diferentes asentamientos en esta área permite establecer dos claros núcleos. El primero estaría formado por el poblado naviforme de Son Ferrer y el conjunto funerario de Can Vairet/Son Ferrer. El segundo estaría formado por el navetiforme Alemany y la cueva de Son Massot.

#### 1. Núcleo: Poblado navetiforme de Son Ferrer-necrópolis de Can Vairet/Son Ferrer.

El poblado naviforme de Son Ferrer se ubica en el centro de esta fértil llanura, a menos de 2 km de la amplia albufera de Magaluf. Su ubicación le permite un fácil acceso, tanto a los fértiles terrenos colindantes, como a la albufera, lo que posibilita la explotación de múltiples recursos. Por su localización, se trata de un poblado con muy poco dominio visual. Con un alto grado de probabilidad, el conjunto de hipogeos funerarios de Can Vairet/Son Ferrer constituiría la necrópolis del poblado naviforme de Son Ferrer. Al igual que el poblado de Son Ferrer, este conjunto funerario se ubica en el centro de la llanura de Sa Porrassa. La distancia al poblado es inferior a un kilómetro, concretamente 808 m respecto a las cuevas de Can vairet y 707 m respecto a la ubicada debajo del turriforme escalonado de Son Ferrer. Estas distancias entre poblados y necrópolis se sitúan dentro de la media establecida en otras zonas en las que se han realizado este tipo de estudios (Gili 1995; Pons 1999; Salvà 2001).

## 2. Núcleo: Navetiforme Alemany-cueva de Son Massot.

Por su parte, el navetiforme Alemany se sitúa a 2424 m del poblado naviforme de Son Ferrer. Sin embargo, a pesar de las semejanzas funcionales como estaciones de hábitat, es interesante remarcar ciertas diferencias. En primer lugar, el poblado de Son Ferrer conforma un núcleo poblacional con diferentes unidades arquitectónicas, mientras que el navetiforme Alemany, a la luz de las prospecciones realizadas, parece configurar un hábitat aislado. En segundo lugar, si bien el navetiforme Alemany no se ubica a gran altura, apenas 33.42 m sobre el nivel del mar, su localización, en una pequeña ladera al borde de la llanura de Sa Porrassa, le permite un mayor dominio visual sobre todas las tierras de esta amplia llanura interior. En tercer lugar, a diferencia del poblado de Son Ferrer, el navetiforme Alemany no se ubica directamente sobre tierras fértiles, sino en una pequeña ladera rocosa situada a unos pocos metros del inicio de la llanura y de los fértiles suelos.

A 350 m al noroeste del navetiforme Alemany se localiza la cueva artificial de Son Massot, por lo que no se descarta, por su cercanía, una posible relación entre ambas estaciones.

Las pequeñas diferencias observadas entre los núcleos del navetiforme Alemany/Son Massot y el poblado naviforme de Son Ferrer/necrópolis Can Vairet-Son Ferrer deben considerarse como pequeñas variaciones sobre un mismo modelo de ocupación del territorio, caracterizado por la ubicación de las zonas de hábitat en terrenos fértiles y llanos, no muy alejados de la costa y cerca de ecosistemas variados (llano, albuferas, pequeños montes), con el fin de complementar un área de explotación variada. Cerca de ellos, normalmente a menos de 1 km, se localizan las posibles necrópolis, situadas en el mismo territorio, por lo que no se establecen distinciones espaciales entre la ubicación de las zonas de hábitat y las zonas funerarias, ya que ambas se sitúan en el mismo ecosistema. Estas características coinciden con las observadas por otros autores (Pons 1999; Gili 1995; Salvà 2001).

Más allá de estos dos núcleos claros, la localización de las Cuevas de Cala Salomó a 750 m del navetiforme Alemany, o la cueva natural con entrada artificial des Llenyaters, situada a 2350 m del navetiforme Alemany y a 2002 m del poblado naviforme de Son Ferrer plantean dos posibles hipótesis interpretativas:

1. Por una parte, la posibilidad de asignar dos áreas funerarias a una misma zona de hábitat, como ocurre en el levante mallorquín (Salvà 2001). De ser cierta esta hipótesis, el conjunto de Cala Salomó se relacionaría con el hábitat de la Naveta Alemany, mientras que para la Cova dels Llenyaters, debido a su equidistancia entre los dos núcleos de hábitat, no puede establecerse con claridad la zona de hábitat con que puede asociarse.
2. La segunda posibilidad interpretativa es que estemos ante un vacío en la investigación arqueológica y no se hallan podido documentar las zonas de hábitat con las que se relacionarían cada una de estas dos áreas funerarias. Debemos tener en cuenta que, principalmente en esta costa, el municipio de Calvià ha sufrido una intensa actividad urbanística, especialmente en el área de Magaluf, El Toro y Son Ferrer. De ser cierta esta segunda hipótesis, podríamos encontrar en la llanura de Sa Porrassa, como mínimo, una tercera zona de hábitat, quizás no muy alejada de la Cova des Llenyaters, que acabaría por ocupar gran parte del territorio que conforma esta amplia llanura, definida en el sur por la Serra de Rafalbetx y al norte por la línea de montes correspondientes al Puig de sa Morisca, Puig de sa Celleda y Puig de Saragossa.

### 3.5.2. BRONCE FINAL NAVIFORME II (1400 – 1100 AC)

Durante esta fase se producen toda una serie de profundas transformaciones en las comunidades isleñas de la Edad del Bronce Final. Entre ellas, deben destacarse (Guerrero *et al.* 2007): cambios en la distribución interna de los poblados, con la documentación de nuevas estructuras que se alejan del modelo de navetiformes como unidades básicas, importantes modificaciones en el ajuar cerámico y, especialmente, metálico, con un aumento muy significativo de los materiales de bronce, el abandono de las necrópolis en hipogeos artificiales y su sustitución por necrópolis en cuevas y abrigos con cerramiento ciclópeo, etc. Sin embargo, quizás uno de los fenómenos más relevantes y que se relaciona con todos los cambios comentados, es el desarrollo de una compleja red de contactos marítimos entre las islas y entre ellas y el continente, lo que permite un aumento exponencial de los intercambios de productos, ideas y personas, por lo que se debe abandonar la idea de que las comunidades del Bronce Final balear funcionaban en un sistema cerrado con poca permeabilidad a los fenómenos, productos e ideas que circulan en estos momentos por el Mediterráneo occidental.

Debido a la falta de excavaciones arqueológicas en poblados naviformes, en el municipio de Calvià apenas contamos con información disponible respecto a esta fase. Únicamente, como veremos en las siguientes páginas, los niveles más antiguos del Puig de sa Morisca, permiten visualizar los profundos procesos que a lo largo de este periodo se estaban desarrollando.

Ello obliga a realizar una visión global de todas estas transformaciones como marco de referencia que permita integrar los pocos datos con que se cuenta en el municipio para esta fase:

#### A) CAMBIOS EN LA DISTRIBUCIÓN INTERNA DE LOS POBLADOS.

La mayoría de investigadores (Lull *et al.* 1999; Calvo *et al.* 2001; Guerrero *et al.* 2007) coinciden en señalar que esta fase supone una intensificación del asentamiento de hábitat Naviforme. Ello parece asociarse a un creciente interés por ocupar zonas próximas al mar en relación con el desarrollo de una red de intercambios marítimos y de la navegación de cabotaje y con un nuevo equipamiento cerámico, en el que destacan especialmente los grandes contenedores toneliformes. Sin embargo, la configuración de las casas naviformes no sufre grandes variaciones en sus elementos estructurales básicos, aunque se observan importantes reordenaciones del espacio interior. Dentro de algunos de los poblados, como el caso del yacimiento de Closos de Can Gaià, también se observan importantes modificaciones en cuanto a la configuración del poblado y de las estructuras arquitectónicas que se construyen.

Las modificaciones de las casas naviformes suponen la reestructuración del espacio interno, con la ubicación de diferentes elementos que reorganizan tanto el espacio interior como el ritmo de circulación. Entre estos elementos, cabe destacar los hogares con plataforma. Se trata de complejas estructuras de combustión que se documentan en algunos navetiformes, aunque no en todos, como por ejemplo en el navetiforme de Ponent de Hospitalet, en el navetiforme doble de Canyamel, en el navetiforme sur de Son Oms, etc<sup>20</sup>. Se trata de unas estructuras de combustión con dos partes claramente diferenciadas. La primera viene delimitada por una serie de losas hincadas configurando una estructura de tendencia semicircular, a la que se adosa la segunda parte del hogar: la plataforma.

---

**20** Para un análisis más completo de este tipo de estructuras consultar Guerrero *et al.* 2007: 253 y ss., y Rosselló Bordoy 1993.

Ésta suele estar compuesta por una preparación de losas planas sobre la que se ubica una plataforma de arcilla. Se trata, por tanto, de un hogar doble, con una parte en la que se realizaría la combustión de la leña, y otra, en forma de plataforma de arcilla en la que se procesarían los alimentos. La ausencia de estas estructuras en todos los navetiformes construidos ha sugerido a algunos autores (Guerrero *et al.* 2007) la posibilidad de que no estemos ante estructuras normales dentro del mantenimiento de la vida doméstica cotidiana, sino que estemos ante estructuras que se relacionarían con una actividad mucho más especializada.

Además de los hogares parrilla, a partir del Naviforme II se encuentran nuevos elementos que reconfiguran el espacio interno. Entre ellos, cabe destacar la presencia de enlosados que ocupan la mitad longitudinal del navetiforme (pe. Navetiforme I de Closos de Can Gaià), y columnas que delimitan la circulación y la zona de mayor actividad que se situaría en la zona de entrada del naviforme.



Figura 11. Acceso del Hipogeo del Turriforme escalonado de Son Ferrer.

En la configuración general del poblado, también se constatan nuevas estructuras que modifican, visual y conceptualmente, la estructura general del asentamiento naviforme. Frente a la homogeneidad en la distribución de los navetiformes durante el Bronce Antiguo, que se ubicaban todos orientados en la misma dirección y repitiendo la disposición a partir de navetiformes simples, dobles o incluso triples, en algunos poblados durante el Naviforme II, encontramos la construcción de nuevas estructuras que rompen, claramente, con este esquema. El caso más paradigmático lo constituye el conjunto II del yacimiento de Closos de Can Gaià (Salvà *et al.* 2002). Los trabajos de excavación en esta área han

puesto al descubierto una superficie de unos 400 m<sup>2</sup> con diferentes estructuras de planta rectangular que se adosan a un largo muro. En uno de los laterales, este muro finaliza al lado de un navetiforme, mientras que en el otro lado, acaba adosándose a una especie de cista de grandes losas ortostáticas dispuestas verticalmente. La serie de dataciones radiocarbónicas ligadas a todo este complejo indica que su funcionamiento se inició en torno al c. 1300 AC, y perduró hasta el 850-800 AC (Oliver 2005), si bien los materiales exhumados aún están en vías de estudio, por lo que es difícil tener una idea exacta de su función. Una primera impresión apunta a que estamos ante una zona de actividad comunal con una importante gestión de alimentos cárnicos.

De confirmarse esta hipótesis estaríamos, no sólo ante un cambio de estructura arquitectónica en este tipo de poblados, sino que se observaría una dinámica económica que se alejaría del modelo que parece funcionar durante el Bronce Naviforme I y que se basaba en la idea de que cada navetiforme centraba la organización y el almacenamiento de los productos de cada familia extensa que vivía en él. Con estas nuevas estructuras nos acercaríamos hacia modelos de gestión más comunal, con la generación de un mayor excedente, tanto para hacer frente a las necesidades de la comunidad, como para poder intercambiar. Teniendo en cuenta que en este momento se documenta un auge de los intercambios marítimos, atestiguados por el aumento de los objetos de bronce y la creación de la red de fondeaderos y puntos de referencia para la navegación de cabotaje, la generación de un excedente en los poblados que permitiese el desarrollo de los intercambios encajaría con el resto de datos arqueológicos con que contamos.

Otros espacios de gestión comunal se localizan en otros poblados naviformes, como el caso de Son Mercer de Baix, donde se documentaron dependencias que podrían relacionarse con un taller de fundición (Plantalamor 1995).

## B) MODIFICACIONES EN EL AJUAR CERÁMICO.

En relación con todos los cambios que se detectan, el Naviforme II supone una importante transformación del material cerámico, muy acorde con la incorporación de nuevas técnicas de modelado y nuevas funciones asociadas al registro cerámico. Entre estos cambios, cabe destacar la desaparición de todas las piezas de base hemiesférica, predominantes en la fase anterior, que son substituidas por otras formas con bases planas. Frente a estas desapariciones encontramos nuevas formas, entre las que destacan las piezas de gran tamaño, en especial los toneles de perfil cilíndrico, piezas de mediano tamaño como las piezas en perfil en S, o formas bitroncocónicas carenadas de borde divergente plano, etc.<sup>21</sup>

## C) CAMBIOS EN LOS PRODUCTOS METÁLICOS.

Junto con la cerámica, será en los objetos metálicos y en su fabricación donde se documentará una mayor diferenciación respecto a la fase anterior. Debemos tener en cuenta la ausencia total en las Baleares de vetas de estaño, por lo que los substanciales cambios que se producen en relación a la metalurgia del bronce, tanto con el aumento cuantitativo como cualitativo de los objetos, se relacionan directamente con el aprovisionamiento de estaño foráneo, imprescindible para conseguir la aleación

---

**21** Para un análisis más completo se puede consultar Guerrero *et al.* 2007.



de bronce. En este sentido, el aumento de la variedad de los objetos metálicos se correlaciona con una intensificación de los intercambios marítimos y con el desarrollo de la red de asentamientos costeros y puntos de desembarco que emerge en este periodo.

El momento en que se producen los cambios en la tecnología metalúrgica y, consecuentemente, en los objetos metálicos, aún no está bien fijado, aunque todos los datos permiten apuntar que entre el 1400 y el 1300 AC el proceso ya parece estar asentado (Guerrero *et al.* 2007, Salvà inédito).

Los cambios observados en el universo metálico, no sólo atañen a aspectos tecnológicos, funcionales o estilísticos, sino también a la esfera social, ya que una gran cantidad de los nuevos tipos que se documentan no tienen ninguna función práctica relacionada con la producción. Únicamente poseen significado de tipo simbólico, asociado a variables de rango o de rol social de sus poseedores.

Frente a la escasa variedad del utillaje en Bronce del Naviforme I, centrado exclusivamente en leznas, punzones y algún cuchillo, en el Naviforme II se amplía radicalmente la variedad y la importancia de los objetos metálicos. Entre los nuevos tipos que aparecen se pueden destacar espadas, machetes, dagas, cuchillas, pasadores o alfileres, cintas circulares de bronce con bandas de púas, pectorales con varillas curvas, espejos, torques dentados, brazaletes, etc. Muchos de estos objetos no se documentaron ni en ajuares funerarios, ni en contextos de hábitat, sino que se localizaron en depósitos, por lo que en un determinado momento, las comunidades naviformes decidieron sacar del circuito de uso a todos estos objetos para depositarlos conjuntamente. Actualmente, desconocemos el significado real de estos depósitos, y aparecen problemas respecto a su correcta fijación cronológica, más allá de ubicarla en el Bronce Final, por lo que aún estamos lejos de poder valorar, en toda su complejidad, el fenómeno de los depósitos de objetos metálicos documentados en este momento. Entre los más importantes, podemos destacar los depósitos de Cas Corralet, Lloseta, Es Mitjà Gran, o Son Matge.

#### D) DESARROLLO DE UNA RED REGIONAL DE INTERCAMBIOS.

El análisis de los cambios en la metalurgia tiene que ir íntimamente relacionado con el análisis de la red regional de intercambios que se desarrolla a partir del Naviforme II. Como se ha comentado, el incremento de los objetos de bronce, y por ende, la necesidad de aumentar la cantidad de estaño para su ejecución en una región carente de ello como las Baleares, es un indicador, indirecto pero incuestionable, del aumento de los intercambios marítimos, que permitieron abastecer a las comunidades isleñas de este mineral. Sin embargo, junto a este elemento contamos con otros materiales exóticos, como la fayenza o el marfil (Guerrero *et al.* 2007), que también son claros indicadores del aumento de estos intercambios.

Ligado a todos estos indicadores, a lo largo de estos últimos años y fruto de una intensa labor de prospección (Salvà *et al.* 2002; Salvà inédito; Guerrero 2006a y b; Guerrero *et al.* 2007), han podido documentarse arqueológicamente toda una serie de infraestructuras y enclaves relacionados con una red de contactos marítimos interinsulares, entre los que destacan los fondeaderos y los referentes costeros.

Esta red de asentamientos costeros debe agruparse en dos categorías claramente diferenciadas, aunque todos forman parte de un mismo complejo funcional. Por una parte, se constatan promontorios o referencias costeras y, por otro, los fondeaderos, bien ubicados en islotes, o en playas pequeñas y resguardadas. Los promontorios o referencias costeras se localizan en puntos clave de la singladura

de los navegantes y les permiten orientarse durante el trayecto, en especial facilitan o indican el lugar de fondeo. Normalmente, están ubicados en espigones o acantilados que sobresalen de la línea de costa, lo que les permite un control visual muy importante sobre el horizonte marino, y a su vez, permiten su visibilidad y su fijación desde el mar. Entre los más significativos podemos destacar Cala Morell, Pop Mosquer, Cap de Forma, Lluçari, Macarella y Macarelleta, para la costa de Menorca, o Cala S'Almunia y el Puig de sa Morisca para Mallorca.

Nos detendremos en este último asentamiento por ubicarse en el municipio de Calvià, y por ser de las pocas referencias que, con claridad, y por falta de excavaciones arqueológicas, podemos situar, junto al turriforme escalonado de Son Ferrer, en esta fase. Desde una perspectiva geográfica, el Puig de sa Morisca, más que un promontorio costero, se trataría de una pequeña colina de 119 m de altura que, sin embargo, permite el desarrollo de la misma función que los promontorios al presentar un alto control sobre el horizonte marino, constituyendo una clara referencia visual desde el mar si se pretende entrar en la bahía de Santa Ponça y fondear en el puerto natural de Sa Caleta. A su vez, este promontorio se integra perfectamente en la ruta Ibiza/sur de Mallorca. Como se podrá ver en el capítulo correspondiente, las estructuras de la Edad del Hierro modificaron y enmascararon los restos de esta fase en el Puig de sa Morisca, aunque las excavaciones realizadas han permitido documentar claramente su existencia.

Entre los fondeaderos, se puede citar para el caso de Menorca a Cala Blanca, y para el caso de Mallorca, S'Illot des Porros, el islote de Na Moltona, o Na Galera.

El final de esta compleja red de asentamientos costeros parece situarse en torno al c. 850-800 AC, momento que coincide con el nacimiento de la Cultura Talayótica y con la incorporación de unos nuevos agentes en el panorama de los intercambios y los contactos marítimos: los fenicios que, con la fundación de una colonia en Ibiza, acaban protagonizando la mayor parte de los intercambios con las Baleares.

#### E) ABANDONO DE LAS NECRÓPOLIS DE HIPOGEOS ARTIFICIALES Y SU SUBSTITUCIÓN POR NECRÓPOLIS EN CUEVAS Y ABRIGOS CON CERRAMIENTO CICLÓPEO.

Finalmente, y para acabar este repaso a los elementos de cambio más significativos entre el Naviforme I y II, cabe destacar las transformaciones que se observan en el mundo funerario:

- Continuidad de las necrópolis colectivas en grutas, como por ejemplo la gruta de Can Martorellet, que ya fue usada en el Bronce Antiguo, pero que sigue en activo durante el Naviforme II, como lo atestiguan las dataciones sobre inhumaciones que nos sitúan en el intervalo 1400-1200 AC (Strydomk *et al.* 2002).
- La finalización del uso de hipogeos artificiales. Los datos radiocarbónicos más recientes de los yacimientos de Son Mulet (UA-18297) y Rotana (UA-18291) (Gómez y Rubinós 2005), se sitúan en un intervalo temporal de 1490-1430 AC, lo que coincide con la ausencia de materiales cerámicos correspondientes al Bronce Naviforme II.
- La documentación de nuevos tipos de necrópolis, caracterizados por ubicarse en abrigos o covachas que se cierran con un paramento ciclópeo. Entre estos nuevos tipos, se pueden destacar

el Coval de Pep Rave, el abrigo de Son Matge, o Son Maimó, para Mallorca, o Càrritx, Forat de ses Artiges, y Montgofre Nou para Menorca.

- El ritual funerario de esta fase es de inhumación colectiva con una gestión compleja del espacio funerario, con acciones de desplazamiento y amontonamiento de restos óseos, en especial de los cráneos. En este contexto, las ofrendas cerámicas suelen ubicarse cerca de los cerramientos ciclópeos y no asociadas a las inhumaciones, por lo que más que ajuares podríamos estar ante ejemplos de ofrendas ligadas al ritual funerario colectivo.
- Esta tradición de inhumaciones colectivas, así como el uso de estas necrópolis, parece finalizar en un momento cercano al c. 850 AC, cuando se abandonan yacimientos como Càrritx o Cova des Pas, o cambian radicalmente de ritual funerario otros como Son Matge o Son Maimó.

### 3.5.3. BRONCE FINAL NAVIFORME III (1100 – 850 AC)

Durante esta última fase se mantienen muchas de las tendencias observadas en el Naviforme II, tanto en la cultura material, como en el mantenimiento de las estaciones funerarias o de la red de asentamientos costeros ligados a los intercambios marítimos. Por ello, en ocasiones, se ha optado por no diferenciar claramente esta fase y se ha integrado dentro de los últimos momentos del Naviforme II (Guerrero *et al.* 2007). Sin embargo, en otras ocasiones (Salvà y Hernández 2009; Fornés *et al.* 2009), como ahora, se ha preferido separarlo debido a dos fenómenos que consideramos que tienen especial relevancia. Éstos inician una serie de tendencias que reflejan importantes cambios en la organización de estas sociedades y que suponen la antesala de lo que será la Cultura Talayótica<sup>22</sup>.

Un primer fenómeno que debe analizarse se relaciona con los cambios que se producen en la organización y distribución interna de los edificios naviformes. Ya habíamos observado cómo durante el Naviforme II, los espacios internos de estas casas se reacondicionaban y se reorganizaban. Sin embargo, el cambio que observamos entre el 1100 y el 850 AC, parece obedecer a razones más complejas que a simples reacondicionamientos del espacio y de las actividades que se realizan. Las excavaciones en los navetiformes I y II de Closos de Can Gaià (Salvà y Hernández 2009; Fornés *et al.* 2009) han permitido constatar claramente este proceso. Entre el 1000 y el 800 AC (Hernández *et al.* 2004; Oliver 2005) ambas estructuras sufren un reacondicionamiento en la parte anterior, con la construcción de un muro transversal que cierra parcialmente la entrada al navetiforme. Ello da lugar a una disminución de la transparencia entre los ámbitos interno y externo, con una separación claramente marcada entre ambos espacios y, sobre todo, con una voluntad de ocultar el espacio interior del exterior. Ello ha permitido plantear a sus excavadores (Fornés *et al.* 2009) que estos reacondicionamientos y cambios en la concepción del espacio doméstico interior-exterior suponga un cambio en la percepción del concepto de intimidad y podrían relacionarse, tanto con una nueva manera de concebir la familia con una evolución hacia organizaciones de familias más nucleares, o un desplazamiento del *locus* político a una esfera diferente de la doméstica, en la que se ubicaba en las anteriores fases (Guerrero *et al.* 2007; Fornés *et al.* 2009). Fenómenos parecidos parecen también observarse en los navetiformes de Son Oms y Canyamel.

---

<sup>22</sup> Ello ha dado lugar a que en ocasiones, esta última fase del Naviforme sea denominada como Prototalayótica (Lull *et al.* 1999).

El segundo fenómeno se relaciona con la construcción de nuevos tipos arquitectónicos. Frente a la unidad arquitectónica básica, conformada por el navetiforme, que englobaba la organización de la producción y el control de la distribución y almacenamiento, encontramos, a partir de finales del Naviforme II e inicios del Naviforme III, nuevos asentamientos espacial y conceptualmente distintos. Estamos ante una nueva configuración de los yacimientos, donde se observa un proceso de agrupación arquitectónica en el que las diferentes estructuras que conforman el poblado no se encuentran diseminadas, sino que se adosan y se agrupan en torno a un conjunto arquitectónico central. El ejemplo paradigmático de este fenómeno es el yacimiento de Es Figueral de Son Real, en el que estructuras de tendencia navetiforme se agrupan en una pequeña colina en torno a un navetiforme central y más elevado. Esta concepción de agrupación arquitectónica será un esquema que se repetirá en las primeras fases de la Cultura Talayótica en yacimientos como S'Illot, Ses Païses, Pula, etc.

Junto a este cambio de concepción, encontramos otros restos arquitectónicos de esta época que han sido totalmente enmascarados por construcciones talayóticas, pero que podrían reflejar ese nuevo tipo de construcción y agrupación arquitectónica o, en cualquier caso, la aparición de un nuevo tipo arquitectónico totalmente distinto al naviforme. Ejemplos de este fenómeno se encuentran en el turriforme de Trebalúger o en Torralba en Menorca, y en S'Illot y el Turriforme escalonado de Son Ferrer en Mallorca. En todos ellos se documentó la existencia de construcciones, en uso entre 1100-850 AC, que fueron desmanteladas con la construcción sobre ellas de asentamientos talayóticos.

Ninguna de estas estructuras presentaba una configuración clásica de navetiforme, sino que podrían asemejarse, pese a las dificultades dadas por su nivel de desconfiguración, a una concepción de conjunto arquitectónico agrupado construido sobre pequeñas colinas. Nos detendremos en el caso del Turriforme escalonado de Son Ferrer, por ser un ejemplo ubicado en el municipio de Calvià. Durante la excavación se documentó en el sur del conjunto arquitectónico una zona que, estratigráfica y constructivamente, era más antigua y distinta al resto del turriforme. Se trataba de un área construida con grandes bloques sobre los que, posteriormente, se adosó el resto del turriforme talayótico. En esta zona, se documentó una pequeña área de ocupación, cuyas dataciones radiocarbónicas (KIA-25202 y KIA-30648) indican que estuvo en uso entre 1200 y 910 AC. En torno al 900-850 AC se construye, sobre este edificio original, el turriforme talayótico, por lo que no se puede conocer su configuración arquitectónica original. Sin embargo, los restos evidencian que se alejaba de los modelos clásicos del naviforme y se asemejaría más a este nuevo modelo habitacional agrupado.

El tercer fenómeno que se constata en este momento es el progresivo abandono de los poblados naviformes entre el 1000 y el 800 AC. Así, por ejemplo, el yacimiento de Closos de Can Gaià parece abandonarse en fechas próximas al 800 AC, y los navetiformes de Son Oms en un momento no muy alejado del 900 AC.

El cuarto fenómeno se relaciona con la documentación de nuevos rituales funerarios, relacionados con la tonsura y el tintado de cabellos, que podemos situar entre el 1100 y el 750 AC.

En las fases finales de uso de las cuevas con cierre ciclópeo y de las navetas funerarias se han documentado la existencia de nuevos rituales funerarios, que suponen un tratamiento diferencial de algunas de las personas que se inhumaron en ellas.

El excepcional registro de la Cova del Càrritx permitió la identificación de estos nuevos ritos funerarios y posibilitó la documentación de estos mismos en otros yacimientos cuyo registro arqueológico no se

localizó tan intacto. En la Cova des Càrritx, cuya última fase de uso intenso se ubicaría entre el c. 1100 y el 800 AC, se siguieron practicando enterramientos colectivos, aunque se observaron toda una serie de cambios en las prácticas funerarias que afectaban tanto al ritual como al ajuar depositado, lo que evidencia el carácter dinámico y cambiante de estas prácticas. Entre los cambios de ritual, cabe destacar la diferente gestión del espacio funerario y la reubicación de algunos restos, en especial los cráneos de los difuntos que, una vez esqueletizados, son recolocados a lo largo de las paredes de la Sala 1 o se sitúan en línea, unos junto a otros, en el interior de la fosa, llegando a formar conjuntos de hasta cinco filas superpuestas.

La gestión específica de ciertas partes del cuerpo, en especial del cráneo, observada en Càrritx a partir del c. 1100 AC, no es un fenómeno exclusivo de esta estación, sino que también ha sido documentado en otros yacimientos menorquines, como en las cuevas naturales con muro ciclópeo de Cales Coves (Cueva XXII) (Vený 1982), o en las navetas de La Cova (Vený 1982: 86-86), Rafal Rubí (Serra y Roselló Bordoy 1971: 62) y Binipatí Nou (Plantalamor y Sastre 1991: 165). Es decir, estaríamos ante un tipo de ritual no específico de cuevas con cierre ciclópeo, sino que traspasa los límites del tipo de estación funeraria, y es adoptado por las distintas comunidades, independientemente del tipo de necrópolis que utilicen. Por otra parte, si tenemos en cuenta que las primeras ocupaciones de la necrópolis de Cales Coves podrían ubicarse en torno al c. 900 AC (Vený 1982), y que el momento de máximo apogeo de las navetas de enterramiento lo encontramos entre el c. 1100 y el 850 AC, no es descartable que el ritual de la gestión de determinados tipos de huesos, en especial los cráneos, sea un elemento identificador de la práctica funeraria de este momento avanzado del Bronce Final.

Este interés por el cráneo esqueletizado debe complementarse y relacionarse con la aparición del rito del corte, tonsura y tintado del cabello, también localizado en la Cova des Càrritx gracias al descubrimiento de un depósito oculto de objetos en la Sala 5 (Lull *et al.* 1999: 311). Al parecer, este ritual no se realizaba con todos los miembros de la comunidad, sino que sólo se aplicaba a algunas personas determinadas. Una vez depositado el cadáver en el interior de la Sala 1, se procedía al teñido de sus cabellos mediante sustancias naturales, como la *rubia brava*, a partir de la que se obtenía un tinte de tonalidad rojiza. Una vez teñido el cabello, se cortaban algunos mechones, que se introducían en el interior de unos tubos cilíndricos fabricados con cuernos o madera que, a su vez, eran cerrados mediante un complejo sistema de tapones y bases que, en ocasiones, estaban decorados mediante círculos concéntricos.

Gracias a los descubrimientos de la Cova des Càrritx, se pudo identificar este ritual de tonsura en otro tipo de estaciones funerarias en las que también se habían documentado contenedores de las mismas características que los localizados en Càrritx. Por ello, no es posible asociar este ritual de tonsura a un tipo concreto de estación funeraria. Se ha documentado en yacimientos como Cova des Pas (Guerrero *et al.* 2007), en algunas cuevas funerarias de Cales Coves<sup>23</sup> (Vený 1982), en la naveta de Es Tudons (Pericot 1975: 91) o en el abrigo de Mongofre Nou (Cañellas y Nicolás 1993). En Mallorca, por el momento, únicamente contamos con los restos localizados en la necrópolis de Son Matge (Walldren 1982; Lull *et al.* 1999).

Conjuntamente con este proceso, cabe decir que esta fase (c. 1100-900 AC) supone un aumento de las amortizaciones de objetos de bronce en las estaciones funerarias, principalmente adornos, así como

---

**23** Hipogeos identificados con los números III, VII, IX, XI, XXIII, XXXIV y XXXV.

también collares o tocados formados por cuentas de fayenza de color azul-verdoso. Las deposiciones de estos objetos suelen relacionarse, mayoritariamente, con adornos personales, y sólo se localizan en determinadas inhumaciones, por lo que se documentaría un uso diferencial de este tipo de abalorios.

Todo ello podría reflejar una consideración específica de determinados individuos que, a la luz de los datos arqueológicos que actualmente disponemos, no se relacionarían tanto con procesos de jerarquización o de control de los recursos, sino más bien con estrategias encaminadas a la individualización social de algunos miembros o grupos dentro de una estrategia comunal de la gestión de los recursos y del espacio social de la comunidad.

La fase naviforme finalizaría a partir del 900-850 AC, momento en el que empezamos a encontrar substanciales cambios en las sociedades prehistóricas isleñas, que van a configurar el nacimiento de la Cultura Talayótica.